

i cantar a un personaje de aquel nombre, muerto gloriosamente por la libertad en la lucha contra Rosas.

No conocemos de esta composicion mas que el principio del primer canto, inserto en el *Sud-América*, periódico que redactó en Chile don Domingo Faustino Sarmiento, i lo que él mismo autor dice en el siguiente capítulo de carta dirigida a don Juan Bautista Alberdi, a quien dicho poema está dedicado.

“No sé si habré acertado en la pintura de Tucuman. En cuanto al carácter de Avellaneda, mas he atendido a lo ideal. No poco me ha dañado a este propósito la circunstancia de ser hombre de nuestro tiempo. No se pueden poetizar sucesos ni caractéres contemporáneos, porque la poesía vive de la idealizacion. Avellaneda es una trasformacion de un tipo de hombre que figura en todos mis poemas, en varias edades de la vida i colocado en situaciones diferentes” (1).

Sobre los últimos trabajos de que se ocupó Echeverría, i sobre los que proyectaba, se encontrarán algunas noticias en el capítulo de carta, tambien dirigida al mismo señor Alberdi, que pasamos a copiar. “El *Angel caído* es un poema serio i largo; tiene once cantos i mas de once mil versos. Es continuacion de la *Guitarra*. El *Avellaneda* es una trasformacion del personaje principal de aquellos poemas. El *Pandemonium*, que escribiré, si Dios me da salud i reposo de ánimo, será el complemento de un vasto cuadro épico-dramático, destinado a representar la vida individual i social en el Plata.”

Don Estévan Echeverría murió en Montevideo el 20 de enero de 1851 sin haber tenido la satisfaccion de volver a ver a su amada Buenos Aires. Sus restos descansan en el mismo país en que fueron abiertas las sepulturas de otros dos poetas argentinos, Rivera Indarte i Florencio Varela, fallecidos como él, fuera de la patria i en la proscripcion a causa de su oposicion al tirano don Juan Manuel Rosas.

XI.

DON SALVADOR SANTUENTES.

En 1842 se promovió en Chile una cuestion literaria que ajitó los ánimos tanto como una cuestion política, o una cuestion religiosa.

Redactaba a la sazón el *Mercurio* de Valparaíso don Domingo Faustino Sarmiento, escritor argentino, que entónces principiaba su carrera, pero que en la actualidad es conocido en toda la América española por

(1) *Sud-América*, tom. 2.º. páj. 55 i páj. 128.

sus obras de distintos jéneros i la intervencion que ha tenido en los últimos sucesos de Buenos Aires. Cuantos leen en Chile saben perfectamente lo que es Sarmiento, que ha tenido la felicidad o la desgracia de dar tanto qué hablar de sí, en bien i en mal, aplaudido por unos i aborrecido por otros. Sus producciones, siempre apasionadas, por lo mismo siempre interesantes, a veces profundas, son, no una invitacion a la discusion, sino una declaracion formal de guerra contra los que no piensan como él quiere. La pluma es en sus manos materialmente una de esas espadas toledanas que cargaban los galanes pendencieros del teatro de Lope i de Calderon. Sarmiento parece querer herir mas que raciocinar. Escribir para él es obrar; pero obrar con enerjía, con un denuedo ciego, con un arrojo inaudito. Nada puede hacerle acobardar en esa lucha periodística, en que se combate con palabras, i no con balas, i en la cual se derrama tinta, i no sangre, pero que suele ser tan peligrosa como una batalla verdadera, i capaz de costar a los que se comprometen en ella riqueza, tranquilidad, honra i hasta la vida. Se refiere que, en tiempo de la caballería, un paladin no reparaba en habérselas él solo con todo un ejército; Sarmiento en su puesto de periodista no tiene tampoco miedo ni consideracion a nadie; ataca a los militares como a los sacerdotes, a los individuos como a las corporaciones; no respeta ni las preocupaciones mas arraigadas, ni las creencias mas queridas, ni las vanidades mas irritables del público. El que empleara tanto valor en talar campos, en matar hombres i en destruir ciudades llegaria a ser un jeneral ilustre, talvez un conquistador famoso, a quien se prodigarian honores, se entonarían himnos, se obsequiarían coronas, se erijirian estatuas; Sarmiento que muestra ese mismo valor para atacar lo que considera un error, para predicar lo que juzga una verdad, si bien logra que sus obras sean siempre leídas con interes, cosecha odios en recompensa de la osadía con que manifiesta sus convicciones. Las naciones defienden con mas empeño el prestigio de sus preocupaciones, que la existencia de sus miembros.

Sarmiento ha nacido en San Juan, poblacion oscura i atrasada que se levanta en medio de la pampa argentina; no ha cursado nunca las clases de un colejio; no ha seguido estudios metódicos i reposados; pero Dios le ha dotado con una intelijencia vigorosa i fecunda, que no se sacia de aprender, i que posee una aptitud prodijiosa para aplicar al mundo en que vive las ideas que adquiere en los libros; ha puesto en su pecho un corazon grande, i tan apasionado como el de un africano; i le ha concedido una confianza en sí mismo, una conciencia de su capacidad, un concepto de su propia importancia tales, que le alientan a arrostrar sin vacilacion las resistencias de todos.

Una persona de semejante carácter i de semejante educacion debe ser inclinada a pensar por sí misma sin respetar ni los hechos existentes, ni las opiniones admitidas. La instruccion libre i aventurera que se habia

dado sin mas maestro que su propia reflexion, habia naturalmente de arrastrar a un hombre del temple de Sarmiento a ser hereje en literatura, en política i en religion.

Fácil es de concebir que un redactor de esta especie debia escandalizar frecuentemente a los lectores del *Mercurio* por el atrevimiento de las tesis que defendia, sobre todo, si tenemos presente que esto se verificaba en 1842; desde entónces acá han trascurrido diez i ocho años, i se han dicho tantas cosas por la prensa, que el público chileno ha llegado a ser bastante ménos asustadizo.

Cierto día Sarmiento escribió en el *Mercurio* que era un desatino estudiar la lengua nacional. Dejaos de ocuparos de palabras, dijo, i procurad adquirir ideas. El castellano es un idioma muerto para la civilizacion; el pueblo que habita la península ibérica no tiene nada que enseñarnos.

Como era de esperarse, esta amonestacion fué recibida como un desacato contra el buen sentido, pero estaba espresada de modo que causó indignacion, i no desprecio. Dijérase lo que se dijera, la opinion de Sarmiento pareció una herejía literaria, mas no un disparate que debiera dejarse correr sin contestacion. Así se encendió una polémica acalorada sobre si los chilenos debian cultivar o nó su lengua natal.

En el calor de la disputa, álguien dijo que los escritores argentinos usaban un lenguaje detestable. Desde este momento se ligó a la cuestion primitiva otra mas grave e importante, que vino a dar al debate mayor interes.

Sarmiento dilucidó el nuevo tema de discusión que se le proponia con la pasion i encarnizamiento que le son característicos. «Esos literatos *bastardos* como se quiere, dijo en el *Mercurio* de 22 de mayo de 1842 aludiendo a los argentinos, han escrito mas versos, verdadera manifestacion de la literatura, que lágrimas han derramado sobre la triste patria; i nosotros (los chilenos) con todas las consolaciones de la paz, con el profundo estudio de los *admirables modelos*, con la posesion de nuestro castizo idioma, no hemos sabido hacer uno solo, lo que es uno, que parecemos perláticos con ojos para ver, i juicio sano para criticar i para admirar con la boca abierta lo que hacen otros, i sin aliento ni capacidad de mover una mano para imitarlos.»

Hé aquí puesto en discusion por un diarista un hecho notable que merecia ser considerado con detencion. Habian trascurrido treinta i tantos años desde que Chile se habia insurreccionado contra España. ¿Cuáles eran las obras literarias que habia producido en tan largo lapso de tiempo? ¿Dónde estaban sus poetas, sus historiadores, sus críticos, sus literatos de cualquiera especie? ¿Habia pensado ese pueblo? ¿Dónde estaban los frutos del desenvolvimiento intelectual a que habia llegado?

La pregunta era categórica, i exijia una respuesta terminante.

El amor propio nacional se irritó al oír que se negaba la fecundidad intelectual de los chilenos; pero la realidad de las cosas era abrumadora. El cargo por desgracia era demasiado efectivo; i los chilenos no tenían escritores verdaderamente tales que citar. Mas, por lo mismo que éramos hasta entónces tan pobres de literatos, se procuró aparentar que podríamos enumerar muchos, i de mérito. Se dijo que «desde el sabio orador i distinguido poeta Camilo Henríquez hasta el galano escritor del *Filopolita* i *Araucano*, i el émulo de Cervántes en sus *Cartas patrióticas*,” habian florecido un gran número de escritores que se distinguian por lo correcto de su lenguaje.

Pero ¿cuáles eran?

Habria sido preciso nombrarlos; mas ahí precisamente estribaba la dificultad. En el período que principia con la aparicion de la *Aurora*, primera publicacion chilena, i que concluye con la de las *Cartas patrióticas*, podian citarse los nombres de Camilo Henríquez, de don Manuel Gandarillas, de don José Miguel Infante i de don Diego José Benavente; pero esos eran escritores puramente políticos i poco literatos. Los de esta especie que habian ilustrado con sus producciones la prensa chilena eran, puede decirse, casi todos extranjeros; don Antonio José de Iriarri, guatemalteco; don Juan Egaña, peruano; don Bernardo Monteagudo, arjentino; don Juan García del Rio, colombiano; don José Joaquin de Mora, español; don Buenaventura Blanco, nacido en Buenos Aires i educado en España; don Andres Bello, venezolano. Como literatos chilenos solo podian ennumerarse don José Miguel Varas i don Buenaventura Marin, que habian adaptado a la enseñanza de nuestros colejos algunas lecciones de filosofía moderna, i doña Mercedes Marin de Solar, nuestro único poeta hasta esa época; el *distinguido poeta* Camilo Henríquez i el autor de la cancion nacional, don Bernardo Vera, no merecian semejante título. Nuestro solo historiador era el benemérito patriota fr. Javier Guzman que habia referido la historia de su país con el estilo de una nodriza. La imputacion del redactor del *Mercurio* era pues tan injuriosa como exacta; podia decirse que los chilenos no tenían escritores, puesto que a duras penas alcanzaban a nombrar una media docena.

«¿A qué causa atribuir, decia Sarmiento, tamaño fenómeno? . . . ¿Al clima que hiela las almas? . . . ¿A la atmósfera que sofoca i embota la imaginacion? . . . ¡Bella solucion por cierto que, no solo condena a la impotencia i a la esterilidad la jeneracion presente, sino que insulta a las venideras, i pronuncia sobre ellas un fallo tan injusto como arbitrario! Nó; no es el clima, que es variado i risueño, i que ha cobijado almas enérgicas i guerreros valientes. No es eso; es la perversidad de los estudios que se hacen, el influjo de los gramáticos, el respeto a los *admirables modelos*, el temor de infringir las reglas, lo que tiene agarrotada la imaginacion de los chilenos, lo que hace desperdiciar bellas disposiciones i

alientos jenerosos. No hai espontaneidad; hai una cárcel guardada a la puerta por el inflexible culteranismo que da sin piedad de culatazos al infeliz que no se le presenta en toda forma. Pero cambiad de estudios; i en lugar de ocuparos de la forma, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervántes o fr. Luis de Leon, adquirid ideas de donde quiera que vengan, nutrid vuestro pensamiento con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época; i cuando sintais que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales; i en seguida escribid con amor, con corazon, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado, aunque a veces sea inexacto; agraderá al lector, aunque rabie Garcilaso; no se parecerá a lo de nadie, pero bueno o malo será vuestro, nadie os lo disputará. Entónces habrá prosa, habrá poesia, *habrán defectos, habrán bellezas*. La crítica vendrá a su tiempo, i los defectos desaparecerán. Por lo que a nosotros respecta, si la lei del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido en tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros (don Andres Bello), sin otro motivo que serlo demasiado, i haber profundizado mas allá de lo que nuestra naciente literatura exige los arcanos del idioma, i haber hecho gustar a nuestra juventud del estudio de las esterioridades del pensamiento, i de las formas en que se desenvuelve en nuestra lengua, con menoscabo de las ideas i de la verdadera ilustracion. Se lo habríamos mandado a Sicilia, a Salvá i a Hermsilla, que con todos sus estudios no es mas que un retrógrado absolutista, i lo habríamos aplaudido cuando lo viésemos revolverlo en su propia *cancha*; allá está su puesto, aquí es un anacronismo perjudicial."

Segun aparece del trozo anterior, en el cual se predica contra el castellano con la palabra i el ejemplo, Sarmiento atribuia la esterilidad de la literatura chilena a dos causas diversas: falta de ideas, i estudio demasiado esmerado del lenguaje i de la forma.

La primera de esas causas nos parece exacta, la segunda falsísima.

Los chilenos no tenian ni prosadores, ni poetas, porque sus ingenios mas sobresalientes no sabian qué decir, i porque la inmensa mayoría del público, ese vulgo profano, pero indispensable al literato, desde que nadie habla o escribe para no ser oído o leído, era incapaz, no solo de fomentar, sino aún de comprender las obras literarias. El entendimiento humano es, por lo jeneral, como el campo donde, si no se siembra la semilla, en vez de espigas, crecen cardos i malezas. ¿Cómo habíamos de tener escritores, cuando el curso de humanidades se reducía al estudio de la jeografía de Urcullu, al de los jéneros i conjugaciones castellanas, al de las declinaciones i conjugaciones latinas, a la traduccion torpe i descui-

dada del *Epítome historiae sacrae* i de la *Eneida* de Virjilio, i al estudio de memoria del *Curso de filosofía* de Marin i del *Compendio de las lecciones de retórica* de Hugo Blair? ¿Quién habia de perder tiempo en escribir, cuando el público ignorante no sentia la necesidad de leer? El atraso de la sociedad era la única i verdadera causa de que no se compusiera en Chile ni prosa, ni verso. A medida que los estudios fueron siendo mas completos, a medida que la ilustracion fué difundiendo, principiaron a aparecer literatos de todas especies, buenos i malos, pero tan numerosos i de tan distintas clases, como en cualquiera de las otras repúblicas hispano-americanas.

Pero tanto como era de cierta la primera de las causas señaladas por Sarmiento a nuestra esterilidad literaria, tanto era de errónea la segunda.

En primer lugar, la lengua patria no era cultivada en Chile con esmero; los chilenos hablaban el castellano poco mas o ménos tan mal, como el resto de los americanos; i algunos años mas tarde todavía, don Andres Bello, recomendando que se adquiriese la *Coleccion de autores españoles* de Rivadeneira, podia decir con sobradísima razon que escribíamos en una jerigonza que solo tenia curso en el estrecho recinto de nuestro país. (1)

En segundo lugar, el cultivo diligente de la forma, jamas ha sido obstáculo para el desenvolvimiento de una literatura; al contrario, es requisito indispensable para sus progresos. Sin buen lenguaje, la espresion de las ideas no tiene ni claridad, ni exactitud. Sin buen estilo, una obra literaria es un bosquejo, un embrion, algo que ha nacido, pero que no se ha desarrollado convenientemente. Una forma esmerada, segun la elegante espresion de un crítico eminente, es lo que salva los escritos del olvido, como la magnífica caja de cedro en que Alejandro Magno guardó el manuscrito de la *Iliada* fué lo que ha hecho llegar hasta nosotros esa obra monumental del divino Homero. «El estilo, ha dicho Víctor Hugo, es lo que asegura la duracion de la obra i la inmortalidad del poeta. La espresion bella embellece el pensamiento bello, i lo conserva; es juntamente un adorno i una armadura. El estilo es para las ideas lo que el esmalte para los dientes.»

Así, Sarmiento abogando con calor para que se hiciera adquirir a los jóvenes ideas que fecundaran su intelijencia, se mostraba un pensador práctico i profundo; predicando con la palabra i el ejemplo en favor del empleo de los mas espantosos barbarismos de lenguaje, manifestaba ser «el ignorante por principio, por conviccion» como se titulaba en la estafalaria definicion de sí mismo que daba en el artículo del *Mercurio*, que hemos recordado.

(1) El Araucano —núm. 948, fecha 6 de octubre de 1848.

Los reproches del escritor argentino picaron el orgullo de los jóvenes chilenos instruidos, i contribuyeron en gran parte a que los principales de ellos concibiesen i ejecutasen el proyecto de publicar con el título de *Semanario de Santiago* un periódico destinado a ser el órgano de la naciente literatura nacional.

El primer número del nuevo periódico, que marcaba una época de progreso intelectual, salió a luz el 14 de julio de 1842.

Es mui triste recordar que la mitad de sus promotores han muerto ya en edad temprana: don Carlos i don Francisco Bello, don Antonio García Reyes, don José María Núñez, don Manuel Talavera i don José Joaquín Vallejo.

Entre los redactores mas activos i entusiastas del *Semanario*, se notaba un joven que acababa de pasar de los veinte i cuatro años, don Salvador Sanfuéntes, discípulo de don Andrés Bello. Sanfuéntes habia nacido en Santiago el 2 de febrero de 1817, i se habia distinguido desde luego por su afición a las bellas letras. Rayaba apénas en los diez i siete años, cuando el eminente humanista que le sirvió de maestro, publicaba en el *Araucano* una imitacion en verso de la célebre tragedia de Racine, *Efjenia en Aulide*, trabajada por su alumno, recomendándola en los términos siguientes: «En este trozó, a la exactitud de la medida, se junta la propiedad del lenguaje, que ciertamente es una cualidad poco comun entre nosotros; un tacto fino en variar las cesuras del metro; espresiones poéticas i sentidas en que el joven alumno de las Musas se acerca bastante al gran modelo que ha tenido a la vista; i en una palabra, todas las señales de un instinto poético que cultivado, podrá desmentir la opinion desfavorable que se tiene de las disposiciones de los chilenos para la mas bella i la mas difícil de las artes.» (1)

Sanfuéntes, que habia hecho grande asunto de las invectivas de Sarmiento sobre la esterilidad de los talentos chilenos, escribió luego en el nuevo periódico una leyenda en tres cantos i variedad de metros titulada el *Campanario*, cuyo prólogo era una contestacion al artículo del *Mercurio*. (2) Despues de hablar acerca de la dificultad de elejir un tema que a todos gustase, dice en ese prólogo:

Pero sé tambien, chilenos,
Que si nunca comenzamos,
Campo vastísimo damos,
A los dieterios ajenos.

(1) El Araucano.—núm. 185 fecha 28 de marzo de 1834.

(2) El Campanario principió a aparecer en el Semanario núm. 5, fecha 11 de agosto de 1842.

Ya sabeis lo que nos dice
 Un periódico perverso:
 Que no ha producido un verso
 Nuestro caletre infelice;

A pesar que nuestro hermano
 Mas estrofas ha medido,
 Que lagrimones vertido
 Por el monte i por el llano.

Sabeis tambien que induljentes
 Serán con nuestros ensayos
 Ciertos benéficos ayos
 Que quieren hacernos jentes.

¿Qué tememos, compatriotas,
 Con tan franco pasaporte?
 Ea, ¡qué no hai quien nos corte,
 Ni diga: «Callad idiotas!»

Si no sabemos hablar,
 Inventemos un lenguaje;
 Todo lo vence el coraje,
 I se trata de empezar.

El prólogo continúa en el mismo tono hasta el fin.

Estamos ciertos que esta ha sido la primera i la última vez que don Salvador Sanfuéntes ha empleado la ironía contra un adversario. De carácter apacible i bondadoso, era incapaz de volver sarcasmo por sarcasmo, aún en los límites de lo permitido. El tono belicoso del prólogo del *Campanario* se esplica por el ardor impetuoso de la sangre de los veinte i cinco años. Sanfuéntes formaba un contraste manifiesto con su competidor del *Mercurio*; el uno era todo modestia, el otro todo petulancia.

Ignoramos la impresion que la lectura del *Campanario* hizo en Sarmiento; pero la presumimos, pues encontramos en los *Recuerdos de provincia* la frase siguiente, que puede ayudarnos a adivinar esa impresion: «De aquellas luchas (las promovidas por sus artículos de periódico,) salieron poetas para probar lo infundado de los cargos; salió *Jotabeche* reivindicando con éxito la aptitud nacional para los escritos lijeros.» (1) Entre esos poetas que, segun el mismo acusador, probaron lo infundado de sus cargos, es imposible que Sarmiento no contase a Sanfuéntes, el autor de la composicion poética mas acabada que se dió a la estampa en aquella época. I tuvo razon de felicitarse de haber contribuido de cualquier modo que fuese a la concepcion de una obra de mérito tal, que bas-

(1) Sarmiento.—*Recuerdos de provincia*—páj. 191.

ta ella sola para asentar sobre una base firme la reputacion literaria de quien la habia llevado a término.

El asunto de esta leyenda, que es una historia de amor desgraciado, como tantas otras, no ofrece en sí nada notable; mas lo que constituye su belleza es la pintura animada i exacta de varios tipos de la época colonial. Tomando por cuadro un argumento comun, el poeta ha evocado ante nuestros ojos con un arte de májico las sombras de los personajes de otra edad, i ha sabido presentarlos con las creencias i maneras que les fueron peculiares. Los actores que figuran en el *Campanario* no son creaciones de novelista; son seres reales que han vivido. Hasta ahora no hemos leído nada que a nuestro juicio pueda dar mejor idea de lo que era la existencia doméstica de los colonos chilenos. Copiamos para ejemplo el siguiente retrato de un marques:

Cuando el siglo diez i ocho promediaba,
Cierta marques vivia en nuestro suelo,
Que las ideas i usos conservaba
Que le legó su castellano abuelo:
Quiero decir que la mitad pasaba
De su vida pensando en irse al cielo:
Viejo devoto i de costumbres puras,
Aunque en su mocedad hizo diabluras.

I amaba tanto las usanzas godas,
Que él hubiera mirado cual delito
El que se hablase de francesas modas
O a Paris se alabase de bonito.
Sobre la filiacion de casi todas
Las familias de Chile era perito,
I de cualquier conquistador la historia
Recitaba fielmente su memoria.

Como era en esta ciencia tan adepto,
Aducia argumentos con destreza
Para hacer verosímil su concepto
De derivar de reyes su nobleza.
Nosotros hoi llamáramos inepto
Al hombre que albergase en su cabeza
De loca vanidad tales vestiglos;
Mas esto era frecuente en otros siglos.

I bien podia mi marques sin mengua
Alarde hacer de pretension tan loca,
Porque él era mui rico, i ¿a qué lengua
No hace callar tan fuerte tapaboca?
En vano contra el oro se deslengua
Un moralista, i su valor apoca:
Lo que yo siempre he visto desde chico,
Es que hace impune cuanto quiere el rico.

En el año una vez sus posesiones
 Visitaba el marques por el verano,
 Ejerciendo en sus siervos i peones
 La amplia jurisdiccion de un soberano ;
 I luego a los primeros nubarrones
 Que le anunciaban el invierno cano,
 Esento de molestias i pesares,
 Tornaba con gran pompa a sus hogares.

I ora mandando hacer un novenario
 En que sonaban cajas i cohetes,
 Ora una procesion con lujo vario
 De arcos triunfales, música i pebetes,
 De admiracion llenaba al vecindario,
 I daba a las beatas i vejetes
 Para conversacion fecundo tema,
 En que ensalzaban su piedad estrema.

Como ningun quehacer le daba prisa,
 Dormia hasta las ocho este magnate :
 En su oratorio le decian misa,
 I tomaba despues su chocolate.
 La comida a las doce era precisa,
 I la siesta despues, i luego el mate,
 I tras esto, por via de recreo,
 Iba a dar en calesa su paseo.

A oraciones se vuelve, i si del templo
 Llama a escuela de Cristo el campanario,
 El marques i los suyos dan ejemplo
 De infalible asistencia al vecindario.
 Si no hai distribucion, ya le contemplo
 Rezar con la familia su rosario,
 I luego ir a palacio diligente,
 Para hacerle la corte al presidente.

A las diez de la noche se despide,
 Sin propararse un punto de esta hora,
 I vuelto a su mansion, la cena pide,
 Porque ya el apetito le devora.
 Con su cuerpo en seguida un lecho mide
 Donde cabrian bien sus cuatro ahora,
 I viniéndole el sueño dulce i blando,
 A las once el marques se halla roncando.

Desde la aparicion del *Campanario*, dejamos de estar espuestos a sufrir la vergüenza de tener que quedarnos callados, cuando se nos exijiese que nombráramos un poeta nacional.

Sabemos de positivo que Sanfuéntes no observó con su primera obra, el precepto de Horacio de conservarla guardada nueve años, pues la fué

publicando a medida que la iba componiendo, i urjido, puede decirse, por el editor del periódico a cuyas columnas estaba ella destinada.

A mas de esto, la trabajó en medio de ocupaciones mui estrañas a la literatura, premiosas i multiplicadas.

Casi niño todavía habia tomado parte en la administracion pública, sirviendo un empleo subalterno del ministerio de relaciones exteriores.

Su dedicacion al cumplimiento de sus obligaciones, la belleza de su carácter, lo distinguido de su talento, le elevaron bien pronto sobre la categoría de simple plumario de una oficina. En 1836, cuando la guerra entre Chile i la Confederacion Perú-Boliviana, acompañó al Perú a don Mariano Egaña como secretario de la legacion chilena.

En 6 de octubre de 1842, fué promovido a oficial mayor del ministerio de justicia, culto e instruccion pública.

Se hallaba desempeñando este laborioso empleo, cuando contribuyó a la redaccion del *Semanario*, i compuso la leyenda de que hemos hablado.

En seguida, el torbellino de los negocios públicos a que le fueron arrasando cada dia mas i mas su capacidad nada comun i la carrera misma que habia abrazado, pues, aunque abogado defendia poco, le impidieron seguir prestando el debido culto a las Musas.

Fué elegido diputado suplente al congreso nacional por los departamentos de Vallenar i Freirina, i nombrado en 21 de julio de 1843 primer secretario jeneral de la Universidad de Chile, que acababa de ser organizada.

En vez de hacer versos, cooperó con ardor a los numerosos trabajos que hubo de desempeñar esta naciente corporacion. Las actas del consejo universitario, correspondientes a esa época, cuya redaccion le incumbia como secretario jeneral, son verdaderamente clásicas. Sanfuéntes no se limitaba a consignar en ellas un resúmen de lo que se discutia i acordaba, sino que acomodaba en bien coordinados discursos, los dictámenes que daban los miembros en forma de simple conversacion. Se cuenta que Egaña, que hacía parte del consejo como decano de leyes, oia siempre con complacencia traducidas en las actas a razonamientos formales las opiniones que espresaba en las sesiones con el desgreno propio de una discusion familiar e improvisada; por lo cual repetia frecuentemente que el secretario jeneral de la Universidad era el rei de los secretarios.

Sanfuéntes desplegaba un celo semejante en el desempeño de sus otros cargos.

En abril de 1845 pasó a servir la intendencia de Valdivia, de donde fué llamado por el presidente don Manuel Búlnes, al empezar su segundo período presidencial el 18 de setiembre de 1846, para encomendarle la cartera del ministerio de justicia, culto e instruccion pública.

No entra en nuestro plan referir la vida política de Sanfuéntes, porque eso exijiria desenvolvimientos que necesitarian un cuadro mas vasto que el de estos apuntes meramente literarios. Mencionaremos solo una incidencia que pone de manifiesto la pureza de su conducta. Todos recuerdan la ajitacion política que principió el año de 1847, i que no concluyó hasta despues de la batalla de Longomilla en 1851. Los ánimos llegaron entónces a un alto grado de exaltacion. Algunos periódicos tomaron un tono mui agresivo i personal, que no guardaba consideracion a nadie. Sanfuéntes era ministro de estado; debia ser pues un blanco de ataque. ¿Sabeis cuál fué el apodo denigrante que se le aplicó? Se le llamó el autor del *Campanario*, lo que importaba tanto como decir por insulto a Bello que habia compuesto la *Agricultura de la zona torrida*, a Heredia el canto al *Niágara*, a Olmedo el canto a *Junin*, a Echeverría la *Cautiva*. El uso de tal denuesto en una época de frenesí político vale en favor de un individuo mas que un panejórico entusiasta.

Don Salvador Sanfuéntes permaneció en el ministerio hasta el 12 de junio de 1849, fecha en que el partido a que pertenecia fué reemplazado en el gobierno por otro que le era adverso.

Habiendo sido elejido diputado en las elecciones del último año mencionado por el departamento de Valdivia, i por los departamentos unidos de Santiago i la Victoria, perteneció a la cámara mas brillante que ha habido en Chile por el talento i la categoría de sus miembros, la actividad i variedad de sus trabajos, el interes dramático de sus discusiones, el gran número de asuntos de importancia de que se ocupó, lo bien representadas que estuvieron las diversas opiniones que gozaban de séquito en el país. Sanfuéntes tuvo el honor de distinguirse entre colégas tan sobresalientes, no talvez por la viveza de su elocuencia, pero sí por la lójica de sus racionios i la sensatez de sus ideas. Desde entónces, ocupó uno de los primeros puestos en ese partido liberal que piensa que la lei debe i puede ser respetada; que quiere el progreso i la prosperidad para Chile sin exijir lo imposible, sin proponerse por fin la realizacion quimérica de una utopia; i que ha adoptado por divisa: justicia en todo i para todos.

A las tareas lejislativas, que fueron en aquel período bastante serias, agregó las forenses, pues se dedicó al ejercicio de su profesion de abogado, i las universitarias, pues reasumió su empleo de secretario jeneral de la Universidad.

A pesar de tantas i tan diversas atenciones encontró tiempo que dedicar al cultivo de las letras, que no habia abandonado nunca completamente, ni aún en medio de los quehaceres de la administracion pública, i de las ajitaciones de la política. En abril de 1850 principió a dar a luz por entregas una coleccion de sus *leyendas i obras dramáticas*; i el 1.º de diciembre de ese mismo año presentó a la Universidad en la sesion

solemne, por encargo del rector don Andres Bello, una interesante memoria histórica: *Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo*.

Para apreciar como es debido, el mérito de tal laboriosidad, es preciso tener presente que en la América española la literatura no produce plata, i que Sanfuátes, buen padre de familia, tenia que ganar el sustento de sus hijos con el sudor de su frente.

El primer tomo, que fué el único que apareció, de las *Leyendas i Obras dramáticas* contiene la traduccion al español de la tragedia de Racine *Británico*, un drama orijinal *Juana de Nápoles*, i dos leyendas el *Bandido*, e *Inani o la laguna de Ránco*.

Juana de Nápoles es una composicion que tiene algunas buenas escenas, pero cuyo conjunto es en nuestro concepto defectuoso. Su argumento está sacado de la *Historia de las repúblicas italianas* por Sismondi, aunque la narracion histórica ha sido algo alterada por el poeta. A fin de poder hacer algunas reflexiones, vamos a presentar un lijero-resumen de la fábula que este drama contiene.

Roberto, duque de Anjú, habia usurpado el reino de Nápoles a su sobrino Carlos Huberto, rei de Hungría. Deseando ántes de morir reparar hasta cierto punto esta injusticia, casó a su nieta i heredera Juana, de edad de cinco años, con Andres, hijo segundo del rei de Hungría, de edad de siete.

Roberto de Anjú dispuso que Andres no pudiera ser coronado rei de Nápoles hasta que cumplierse veinte i dos años.

Al tiempo de su fallecimiento, Juana contaba diez i seis años, Andres diez i ocho. Estos dos jóvenes, casados, puede decirse, en la cuna, en vez de amarse, se odiaban. Sus gustos i caractéres eran diferentes. Juana, mujer lijera i voluptuosa, corria en pos de las fiestas i de los placeres; Andres, triste i austero, habia conservado en una corte afeminada las costumbres varoniles i medio selváticas de su patria. Juana pretendia ser la lejitima soberana de Nápoles; Andres sostenia que este reino era su patrimonio. Para que los motivos de aversion entre ambos fueran todavía mayores, Juana amaba apasionadamente a su primo Luis de Taranto, siendo arrastrada al adulterio por su tia i madre de éste, Catalina de Bizancio, mujer corrompida e intrigante, que por el deseo de conseguir talvez para Luis la corona de Nápoles, no sentia repugnancia en servirle de tercera; Andres se habia prendado ardientemente de la bella Francisca, hija del sabio florentino Nicolas de Acciayoli, que le servia con sus consejos en las intrigas de la política.

En este estado de cosas se abre el drama.

Gracias a la intervencion de su hermano primojénito Luis, rei de Hungría, Andres obtiene una bula del papa que le permite colocar sobre su cabeza la corona de Nápoles ántes de los veinte i dos años.

Los cortesanos de Juana, i entre ellos su amante Luis de Tarento, tratan de impedir por las armas el cumplimiento de la disposicion pontificia, pero todos sus esfuerzos resultan impotentes; las tropas se manifiestan fieles al nuevo rei, i desatienden las invitaciones a la revuelta de los descontentos.

Andres espide una órden de espatriacion contra los principales partidarios de su esposa, incluso el amante de ésta.

Por consejo de Catalina de Bizancio, que lo considera todo perdido, si tal órden se ejecuta, Juana desciende a suplicar a su detestado marido que la suspenda, pero solo puede obtener, i con mucho trabajo, un retardo de ocho dias. Ese plazo basta a los amigos de la reina para urdir una trama infame. Pensando con sobrado motivo que Andres, sin el apoyo de Acciayoli, será débil, procuran alejar a éste de la corte, sin reparar en medios.

Es una noche de baile en el palacio del rei. Los nobles i damas napolitanos se entregan a los placeres de una fiesta en celebracion de la exaltacion al trono del nuevo monarca.

Andres olvida su poder i sus peligros danzando con Francisca.

El prudente Acciayoli contempla con pena la alegría de aquella feliz pareja: prevé con sobresalto los malignos comentarios a que va a dar oríjen la impetuosa pasion del rei por su hija.

En este momento los cortesanos de Juana se introducen por una puerta escusada en uno de los salones del palacio, i ponen una inscripcion que dice:

Andres le pagó a Acciayoli
De Francisca el deshonor.

Bien pronto, esta inscripcion, colocada en un lugar mui visible, es percibida por todos los concurrentes, por Francisca, por Andres, por Acciayoli, que la lee aterrado, i que resuelve regresar sin tardanza a su patria Florencia para salvar la reputacion de su hija.

Al dia siguiente, Andres se presenta en persona en la habitacion del padre de su amante. Observa con dolor los preparativos de viaje. Pide que Acciayoli i Francisca le concedan una conferencia. Les ofrece una insigne reparacion al agravio recibido: está resuelto a solicitar de Roma que anule su matrimonio con Juana, contraído en una edad en que él no ha podido prestar un consentimiento válido, i ruega a Acciayoli que acepte para Francisca la mano del rei i la corona de Nápolca.

El noble Florentino rehusa la oferta; su hija no podria admitir un trono que es de otra; aceptar sería autorizar las calumnias de los perversos; pero en todo caso deja que Francisca resuelva.

La jóven habla. «Amo a Andres, dice: esta será la primera i la última vez que se lo diga; mas estoi decidida; iré a terminar mi vida en un

convento de Florencia, donde a veces imploraré a Dios por la prosperidad de vuestro reino. Volveos a unir con vuestra esposa."

Acciayoli i Francisca parten.

Andres queda contemplando desde una ventana la nave que aleja de su vista . . . para siempre . . . a la mujer que ama.

En este momento tan solemne, recibe una carta en que la culpable Juana se manifiesta arrepentida, solicita una reconciliacion, i le suplica que vaya a juntarse con ella al palacio de San Pedro de Morona, en la campaña de Nápoles, a donde se habia retirado.

Andres vacila; teme una asechanza; pero se le recuerda la obligacion que tiene de atender a la felicidad de sus súbditos, la súplica que Francisca le habia dirijido al partir para que perdonase a Juana, i accede.

Efectivamente un gran peligro amenazaba al rei. Luis de Tarento i los demas cortesanos de Juana habian aparentado partir para el destierro; pero habian vuelto secretamente a Morona, donde tenian el pensamiento de asesinar a Andres. La carta de la reina, cómplice de este atentado, era una astucia para atraerle a la celada.

Juana i Luis de Tarento aguardan en Morona la venida de Andres, sentados en el trono, conversando de amor i de ambicion. Oyen el sonido de una trompeta. Juana dice:

.....La llegada

De mi tirano esposo él nos anuncia.
Yo voi a recibirle; pero ántes,
A fin que mi valor no disminuya,
Cólrame de caricias i de halagos
Hasta embriagarme. Adios, vuela i te junta
Con los amigos que tu auxilio esperan
Para herir al tirano.....

Andres i Juana tienen una larga conferencia. Entre otras cosas, Andres refiere a Juana el noble proceder de Francisca; le cuenta que su última súplica ha sido: amor para la reina, olvido para ella. Juana se enternece, i concluye por decir con toda sinceridad.

Yo quiero ser virtuosa, i mi estravío
Lamentar para siempre en vuestros brazos.
Dadme vuestro perdon.....

Habian llegado a este punto de terneza, cuando Andres recibe un mensaje en que se le anuncia que se ha esparcido en Nápoles el rumor vago de que pronto ha de estallar un movimiento contra el rei; i que talvez tiene algun fundamento, pues se sabe que los proscritos han vuelto misteriosamente.

Andres acrimina a Juana por las maquinaciones de sus parciales; ella

protesta una i otra vez que ignora sus proyectos ; pero suplica encarecidamente a su marido que se vuelva a Nápoles. Andres rehusa hacerlo. Juana insiste diciendo :

.....Lo repito :

Mi mas vivo deseo era salvaros.
Aún es tiempo talvez.Arrodillada
Os lo vuelvo a jurar por lo mas santo.
Escuchad mi consejo ; él es sincero ;
¿Qué mas añadiré, señor? *yo os amo.*
¿Cómo podría desear perderos?
Odiadme si quereis, pero alejaos.

Andrés.

¡Luego el lugar prescrito es en Morona!
¡Luego se hallan aquí los conjurados!

Juana.

¡Ah señor! por piedad.....¿por qué ponerme
En tan terrible aprieto?

Andrés.

¡Confesadlo!
Marcharé en el momento.

En esto, se oye dentro una voz semejante a la de un confidente del rei, que interviene en la pieza ; esa voz pide auxilio. Andres se precipita al lugar de donde sale. Era un ardid de los conjurados para apartarle de la presencia de Juana. Andres es atacado, i da voces defendiéndose. Juana desesperada corre en su amparo ; encuentra ya cerrada la puerta, forcejea por abrirla.

Luis de Tarento aparece con un puñal ensangrentado en la mano, i esclama :

.....¡O Juana mia!
¡Ya eres libre! ¡Ya espira tu tirano.

Juana responde a Luis, su amante, al que debía embriagarla de caricias para infundirle valor, «monstruo de maldicion!»

Viene a anunciarse que la habitacion está cercada por los soldados del rei.

LUIS (*acercándose a Juana.*)

.....Mis brazos,
Juana, te escudarán de todo riesgo.

JUANA (*huyendo.*)

Apártalos de mí, que están manchados
En sangre, sí, en la sangre de mi esposo!

Andrés aparece arrastrándose moribundo hasta el umbral de la puerta; i señalando a los que están dentro de la escena, dice a sus guardias que se presentan en ese momento: «mirad a los asesinos;» i espira.

Espuesto el argumento del drama, pasamos a hacer las observaciones que su lectura nos ha sujerido.

Nótase alguna oscuridad respecto de los antecedentes históricos que le sirven de base. El drama calla el motivo que tuvo Roberto de Anjú para determinar que Andrés no cifese la corona de Nápoles hasta los veinte i dos años; sin embargo la historia lo publica; i habria sido conveniente recordarlo, o hacerlo saber, a los espectadores, para que comprendiesen mejor la situación respectiva de los personajes. Roberto habia querido que uno de los herederos legítimos se asociara a la soberanía que habia usurpado; pero no que su nieta fuese completamente privada de ella; i para conseguirlo, habia ideado que Andrés no fuera coronado hasta que la autoridad de su esposa estuviera bien consolidada. La falta de esta esplicacion hace que el lector no se dé cuenta del objeto de la disposicion de Roberto, i de la importancia verdadera de la bula pontificia que la revocó.

El personaje de Juana de Nápoles debería estar fuertemente pintado, i ocupar el primer lugar en una pieza a que da su nombre. Sin embargo no sucede así; aparece siempre en segundo término, particularmente en los primeros actos, en los cuales Catalina de Bizancio piensa i obra por ella. En todo el drama Juana es una figura poco definida, que se mueve por impulso ajeno.

Defecto mas grave todavía que los dos enumerados es a nuestro juicio lo poco sostenido de los caracteres de Juana i de Andrés. *Persona dice el cuerdo Horacio, servatur ad unum qualis ab incepto processerit, et sibi constet*, esto es en castellano, a todo personaje

Sostenga su carácter sin mudanza,
I sea al fin cual se mostró al principio.

¿Se ha observado esta regla, cuyos fundamentos son tan sólidos, en los dos personajes de Juana i de Andrés?

Juana detesta a su marido, ama a otro, ha sido ofendida por Andrés como reina i como mujer, conspira contra éste, trama su muerte, i de repente, en el término de minutos, experimenta el mas asombroso de los cambios hasta el punto de ponerse a idolatrar al mismo a quien aborrecia.

Pero, podria contestársenos, la ficcion del poeta está conforme con la verdad del historiador. «La noche del 18 de setiembre, refiere Sismondi, estando Andres en el lecho al lado de la reina, vinieron las camareras a anunciarle que habian llegado de Nápoles noticias de la mas alta importancia, i que los de su consejo aguardaban sus órdenes. *La reina pareció turbarse, e intentó detener a su marido, pero su tardío remordimiento cedió al temor.* Andres salió, i las camareras cerraron al punto las puertas de la cámara de la reina.» Cuenta que en seguida el rei fué estrangulado en un corredor vecino con un lazo de seda por los conjurados.

Nuestra contestacion sería sencilla. No criticaríamos que una jóven de diez i seis años, como Juana, a la proximidad del crimen, hubiera vacilado, sentido remordimiento; todo esto habria sido mui natural; mas nuestra observacion recae, no sobre la debilidad manifestada por una niña delante del asesinato, sino sobre ese amor apasionado de la esposa adúltera en favor de su marido, que con la transición de un instante sucede al odio.

El carácter de Andres es tan poco sostenido como el de Juana. Se halla precisamente contemplando la nave que arrebatá léjos de Nápoles para siempre a su idolatrada amante. Francisca acaba de darle al despedirse de él, un momento ántes, una prueba espléndida de amor tierno i desinteresado. Andres recibe en ese mismo instante una carta de una esposa que él sabe demasiado ser culpable i pérfida. Sin embargo, consiente en volver a verla; llega hasta ajustar una especie de reconciliacion; habla de reinar junto con ella, guardando por lo ménos las apariencias de la armonía. ¿Es esto lójico? ¿Los pretextos que el poeta aduce para motivar un procedimiento tan extraordinario son bien poderosos, son admisibles?

Encontramos tambien descosido el episodio de los amores de Andres con Francisca, confesando no obstante que es lo mejor del drama. Creemos que, en vez de contribuir a facilitar el curso de la accion, lo embarrasa. Si Andres no hubiera amado a Francisca, i si ésta no hubiera sido tan digna de ser amada, habria sido ménos inverosímil la tentativa de reconciliacion del rei con la reina, que es lo que trae el desenlace.

Dirémos para concluir este punto que es mui fácil encontrar defectos en una obra dramática, pero que es mui difícil hacerla.

La leyenda de Sanfuéntes que lleva por título el *Bandido* tiene un asunto bien interesante, que ha sido desempeñado con bastante acierto.

El autor nos trasporta a la meseta de uno de los montes del sur de Chile, defendida por quebradas i precipicios, i cubierta por espesos i sombríos árboles. Un cuerpo de bandoleros celebra allí juegos i fiestas en honor de María, a quien ama con pasion el jefe de la banda, Fernando. Era este un esclavo negro que aborrecia a los blancos como a los verdu-

gos de su raza. Por vengar a los suyos, había muerto a su amo, se había hecho asesino, había reunido un grupo de desalmados i había llegado a ser el terror de la comarca. Era María una desgraciada jóven española a quien el bandido, en una de sus correrías, había arrebatado de en medio de un baile con que se solemnizaba el matrimonio que debía unirle, dentro de pocos momentos mas, a Anselmo, el preferido de su corazón. Aquella mujer causaba la felicidad i la desesperacion de Fernando, que la idolatraba, i que conocia no ser correspondido por ella.

Apénas ha trascurrido una noche despues de esta primera escena tan alegre i festiva en que todo es flores, juegos, danzas, embriaguez, alegría, cuando a los regocijos suceden las luchas sangrientas en que todo es muerte, desolacion, dolor.

Un humo espeso principia a envolver el monte; en seguida, el resplandor de un mar de llamas que se precipitan por todas partes manifiesta a los bandoleros que se hallan cercados por un vasto incendio.

Bien pronto Fernando i su jente conocen que aquel fuego invasor sirve de vanguardia a un destacamento que viene en su persecucion. Precisamente, Anselmo, el novio de María, era quien capitaneaba la tropa de los asaltantes.

Atacadores i atacados traban luego un combate encarnizado.

Anselmo i Fernando se encuentran i se acometen con furor. En lo mas recio del empeño de ambos caudillos, se oye de súbito un grito desgarrador que sale del centro de un rancho cuyo techo pajizo comenzaba el fuego a incendiar. Al oírlo, cayó falto de vigor el brazo de Fernando, que corre al lugar de donde aquella especie de lamento había partido. Anselmo sigue tras él. Fernando saca en sus brazos a María de entre las llamas del rancho. Al punto que ella percibe al jóven español, esclama: "¡Anselmo mio!" Anselmo, que la reconoce, se precipita como furioso a arrancársela al malvado que la lleva; mas el negro logra volver a ocultarla, i torna a la pelea. Los dos rivales se arremeten con una rabia incontenible. Anselmo, ménos fuerte, cae al parecer muerto bajo los golpes de su adversario.

El triunfo no vuelve la tranquilidad al ánimo de Fernando, que se siente despedazado por los celos. Ese grito de María: "¡Anselmo mio!" había sido sin duda un grito de amor.

Exacerbado por la desesperacion, siente placer en referir a María que ha dado la muerte a su amante. "Le he muerto, dice a aquella infeliz i desolada mujer;

¡Ha muerto! i su cadáver en el monte
Ser de las fieras alimento hoy debe.

El dolor de la espantosa noticia quita los sentidos a María; pero al fin vuelve en sí. La idea de que los restos de su querido Anselmo van

a servir de pasto a las aves de rapiña causa a su alma una angustia insupportable. Con el designio de evitar semejante afrenta al cadáver de su novio, no tiene embarazo en recurrir a una mentira, i dice con labio balbuciente que Anselmo es, no su amante, sino su hermano.

Apénas el negro escucha esto, se demuda, i consiente arrepentido en que se dé sepultura al jóven español.

María se dirige a llenar ese triste i piadoso deber. ¡Cuál fué su júbilo inespresable al descubrir que Anselmo respiraba todavía! Gracias a los solícitos cuidados de la jóven, el herido se reanima. María alcanza a suplicarle, ántes de que Fernando se presente i pueda oírlo, que aparente ser, no su novio, sino su hermano.

Anselmo asistido por María recobra rápidamente la salud, mas es tratado por ella con un cariño tal, que Fernando no puede apartar la desconfianza, i se siente torturado por los celos.

Anselmo principia a instar a María para que se vuelva a sus hogares; ella le escucha trémula i confusa; se ve forzada a esplicarse: el secreto que hubo de revelar a Anselmo fué terrible: era la concubina del negro bandido, pues su deshonor habia sido el precio de la vida de su anciano padre.

Anselmo es presa de un furor delirante; insulta i amenaza a la desgraciada María, que se aparta de su vista con el corazon despedazado.

Durante la noche, María vuelve a presentarse a Anselmo; viene pálida i trémula; le dice que no sintiéndose con fuerzas para soportar su desprecio, se ha envenenado; i hablando así, espira a los piés de su amante.

Anselmo se desespera; busca a gritos a ese Fernando que le ha hecho para siempre desgraciado; el negro aparece; Anselmo se arroja sobre él; los dos luchan un momento; al fin Fernando clava su puñal en el pecho de su rival, que exhala el último suspiro junto al cadáver de María, i asiéndose de una de las manos de la jóven.

Fernando contempla un corto rato aquellos dos cadáveres; separa con el pié sus dos manos que habian quedado enlazadas; i se aleja de tan horroroso espectáculo.

Inmediatamente convoca a sus compañeros; reparte entre ellos cuanto tiene; i marcha a entregarse a la justicia, que le hace espigar sus crímenes en un patíbulo.

Ha llegado el caso de discutir una cuestion literaria análoga a la que hemos considerado en el artículo sobre el poeta argentino don Estévan Echeverría. Dijimos en ese artículo que las peculiaridades de la naturaleza americana eran una fuente fecunda de poesía, que hasta ahora habia sido muy poco explotada. Puede decirse otro tanto del carácter i costumbres singulares de los indíjenas de América i de esa parte de poblacion intermedia entre éstos i la jente civilizada oriunda de Europa,

poblacion semi-bárbara, que es una amenaza i un estorbo en casi todas las jóvenes repúblicas hispano-américanas, como los *gauchos* de las provincias arjentinas, i los *llaneros* de Venezuela. Los vates americanos deberian a nuestro juicio, en vez de calcar las obras europeas, buscar inspiracion i argumentos nuevos en esas sociedades orijinales, que presentan un aspecto tan diferente del que ofrecen las sociedades cultas del viejo i nuevo mundo, i que contienen tipos sumamente característicos e interesantes.

Los grandes escritores han dedicado sus eminentes talentos a pintar en sus producciones literarias a los indígenas de América: don Alonso de Ercilla i Zúñiga, poeta español del siglo XVI i Fenimore Cooper, novelista yankee del presente siglo; pero cada uno de ellos lo ha ejecutado de una manera especial que conviene mucho observar con alguna detencion.

Todos saben que Ercilla es el autor de la *Araucana*, ese poema que Cervántes ha calificado de "uno de los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, capaz de competir con los mas famosos de Italia, i una de las mas ricas prendas de poesía que tiene España;" i en el cual Voltaire ha visto una *Iliada*; pero que Sismondi ha comparado a una gaceta en verso, i donde Humboldt no ha encontrado ni un rastro siquiera de entusiasmo poético. Sin embargo, a pesar de juicios tan contradictorios, la *Araucana* de Ercilla, que no cuenta ménos de veinte i dos mil versos endecasílabos, ha sido declarada por la opinion mas jeneral e ilustrada, el primero de los poemas épicos, o mejor dicho, tentativas de poemas épicos castellanos, que no son solo treinta i seis como lo asegura Sismondi, sino trescientos cincuenta desde el poema del *Cid*, cuya fecha se fija hacia el año 1,200 hasta el *Colon* de Campoamor, dado a luz en 1853 segun los hemos contado en el prelijo catálogo que el erudito don Cayetano Rosell ha formado, tanto de los publicados, como de los inéditos, catálogo que no obstante su minuciosidad, es sin embargo incompleto (1).

A mas de éste, la *Araucana* tiene el mérito de ser el tronco de que se han derivado un cierto número de composiciones narrativas o dramáticas, mas o ménos apegadas a ella, que constituyen una verdadera familia literaria.

Entre las muchas calidades que los críticos han querido dar como esenciales de eso que llaman epopeya, i sobre cuya definicion no se entienden hasta ahora, Nisard enumera la de que la obra que aspire a ese título tan pomposo como vago, ha de preceder a una literatura nacional, o mejor dicho, debe crearla. Así Homero, Dante, *Shakespeare*, continúa

(1) Rivadeneira--Biblioteca de autores españoles--tom. 29 pág. XIX.

Nisard, deben ser considerados como poetas épicos, porque sus obras han sido una fuente fecunda de inspiracion para las jeneraciones que les han sucedido. La literatura griega ha nacido de Homero; mucha parte de la italiana de Dante; mucha de la inglesa de Shakespeare.

No tenemos para qué examinar esta doctrina, pues basta para nuestro intento enunciarla.

Ahora, *si licet magnis componere parva*, la *Araucana* presenta este punto de semejanza con la *Iliada* i la *Odisea*, la *Divina comedia* i los dramas del gran trájico ingles: ha enjendrado tambien una serie de producciones poéticas, inspiradas por la admiracion con que ha sido leída.

Permitásenos presentar aquí una especie de árbol jenealójico de esa familia literaria cuyo padre comun es don Alonso de Ercilla, advirtiendo que vamos a componerlo siguiendo las doctas indicaciones de Pinelo, Molina, Ternaux-Compans, Ticknor, Gayángos, Vedia, Mesonero, Romanos i Rosell; i algunas noticias suministradas por nuestro estimado i erudito amigo Benjamin Vicuña Mackenna.

Araucana—consta de tres partes que se imprimieron: la primera en 1569, la segunda en 1578, la tercera en 1589.

Arauco domado—poema por Pedro de Oña—1596.

Araucana—cuarta i quinta parte por don Diego Santistéban i Osorio—1597.

Algunas hazañas de las muchas de don García Hurtado de Mendoza—comedia por el conde del Basto, Luis de Belmonte Bermúdez, don Juan Ruiz de Alarcon, Luis Vélez de Guevara, don Fernando de Ludeña, don Jacinto de Herrera, don Diego de Villégas i don Guillen de Castro; la cual fué representada con notable aparato en Madrid, e impresa en 1622.

Arauco domado—comedia por Lope de Vega—1629.

Compendio historial del descubrimiento, conquista i guerra del reino de Chile—poema por el capitán don Melchor Xufré del Aguila—1630.

El Gobernador prudente—comedia por Gaspar de Avila, en que se trata de don García Hurtado de Mendoza—1664.

Los Españoles en Chile—comedia por Francisco González de Bústos—1665.

A mas de las obras anteriores que han sido impresas, existen otras que hasta ahora permanecen manuscritas, a saber:

El Marques de Cañete en Arauco—comedia por Lope de Vega, segun Pinelo.

Poema sobre las guerras de Chile—del cual habia una copia, segun Molina, en la librería de Barcia.

Puren indómito—poema por Fernando Alvarez de Toledo, que trata de la rebelion de los araucanos i de la muerte del gobernador don Martin García de Loyola, a lo que dice Pinelo, i que es inapreciable co-

mo monumento histórico, a lo que asegura Rosell. El consejo de la Universidad de Chile acaba de dar algunos pasos para buscar medios de facilitar su publicacion, que a la fecha debe estar terminada en Paris.

Hai todavía otras obras que son, no una continuacion o trasformacion de la *Araucana*, como las precedentemente mencionadas, pero sí una derivacion de ella, las cuales tratan de asuntos, ya que no idénticos, por lo ménos análogos al que sirvió de tema a Ercilla. Estas obras son las que siguen:

Conquista de Nueva Castilla--poema anónimo, que se supone compuesto hacia la mitad del siglo XVI, i que ha sido publicado en 1848 por don J. A. Sprecher de Bernegg.

La Mejicana--por Gabriel Laso de la Vega--1588.

Elejos de varones ilustres de Indias--por Juan de Castellanos--1589,

El Peregrino indiano--por Pedro Madrigal, que trata de la conquista de Méjico por Cortes--1599.

Elojios en loor de los tres famosos varones don Jaime, rei de Aragon, don Fernando Cortes, marques del Valle, i don Alvaro Bazan, marques de Santa Cruz--por Gabriel Laso de la Vega--1601.

La Arjentina--por Martin del Barco Centenera--1602.

La Grandeza mejicana--por don Bernardo de Balbuena--1604.

Historia de la Nueva Méjico--poema por el capitan Gaspar de Villagra--1610.

Nuevo Mundo descubierto por Colon--comedia por Lope de Vega.

El Marques del Valle--id. por id.

Hazañas de los Pizarros--trilojia por Tirso de Molina, que comprende las tres comedias: *Todo es dar en una cosa*; *Amazonas de las Indias*; i *Lealtad contra la envidia*.

Conquista del Perú--por Juan de Mira Montes, poema heroico que se encuentra en la Biblioteca nacional de Madrid--1611.

Fundacion i grandezas de Lima--poema hispano-latino por Rodrigo de Valdes.--1687.

La Aurora en Copacavana--comedia de don Pedro Calderon de la Barca, escrita ya en 1651.

Pérdida i restauracion de Bahía--id. por Correa.

Conquista de Méjico--id. por don Fernando de Zárate.

Hernan Cortes en Tabasco--id. por Fermin del Rei.

Gloria de los Pizarros--id. por don Juan Vélez.

Gran Patriarca de las Indias--id. por don Francisco de Aguilar.

Iris de Nueva España--id. anónima.

El Nuevo Mundo--por Francisco Botello de Moraes i Vasconcelos--1712.

Lima fundada--por P. de Peralta Barnuevo--1732.

Las Naves de Cortes destruidas--canto épico compuesto por don Nicolás Fernández de Moratín en 1777.

Las Naves de Cortes destruidas--canto épico compuesto por don José María Vaca de Guzmán en la misma fecha i publicado en 1778.

Méjico conquistada--por don Juan Escoiquiz--1798.

La Hernandía--por Ruiz de León, poema publicado en el siglo pasado.

Atahualpa--tragedia por Cortes publicada en el siglo pasado.

Guatimozin--tragedia por don José Fernández Madrid--1827.

En la lista de las composiciones derivadas de la *Araucana*, deben incluirse además tres leyendas de Sanfuéntes, una de las cuales merece el nombre de poema, obras de que tenemos todavía que hablar.

La influencia del libro de Ercilla sobre don Salvador Sanfuéntes es, no una presunción mas o ménos probable, sino un hecho cierto, que éste mismo ha dado a conocer. En una carta dirigida por Sanfuéntes al editor de la *América poética* se leen estas palabras, que podrían desvanecer cualquiera duda, si la hubiese: "para mí la poesía es la primera de las artes. Me reconozco deudor a la *Eneida* de Virjilio, a la *Araucana* de Ercilla i a las tragedias de Juan Racine. del entusiasmo que desde mi primera juventud concebí por ella." (1)

Dígase lo que se quiera sobre el mérito de la *Araucana*, no puede negarse que una obra que ha producido una tan larga descendencia deje de tener un gran valor literario; pero no es esta la ocasión de apreciar minuciosamente las bellezas i defectos de la composición de Ercilla, ni es tal nuestro propósito. Bástanos haber dado una idea general de su importancia en la literatura española para el objeto que nos proponemos de manifestar la manera como ha presentado los tipos i costumbres de los indígenas de América, i como ha hecho que otros los presenten por seguir, con intento o sin él, un modelo que habia sido, i ciertamente con justicia, tan aplaudido.

Nos parece que el conquistador poeta de Chile no ha acertado a reproducir la fisonomía propia i peculiar de los indios. El teatro de su poema es Arauco; el argumento de ese poema son sucesos que realmente se han verificado en esa comarca; pero Ercilla ni se ha empeñado en pintar el lugar de la escena con los colores verdaderos, ni ha procurado retratar a los indígenas con pinceladas que pudieran hacer concebir a los lectores las diferencias que habia entre ellos, i los demás miembros del género humano. Sus indios producen el efecto, no de indios verdaderos, sino de españoles disfrazados de indios. Nos recuerdan a esos hidalgos que en el capítulo LVIII de la segunda parte del *Quijote* aparecen con sus familias jugando a la *Arcadia* en un ameno prado vecino a su aldea, vestidos de pastores i zagalas.

(1) América poética--páj. 741.

Tan cierto es que los bárbaros de la *Araucana* se asemejan a farsantes de mascarada, que Ercilla a veces, en lugar de exhibirlos completamente vestidos con trajes nacionales, les deja por olvido una parte de la ropa o de las insignias españolas, i habla de que usaban espadas, celadas, alfanjes, cimitarras, arneses. En el canto XVI Colocolo dice que sus compatriotas han perdido con gran deshonra tres banderas; i en el XXI el grave cacique Caniomángue marcha al frente de sus mocetones al son de roncós atambores destemplados en señal de duelo por el fallecimiento de su anciano padre.

Si los indios de Ercilla descubren por ciertas partes de sus vestidos i armas, que son españoles netos, mucho mas lo dejan ver por el estilo de sus discursos.

Es divertido por ejemplo oír a Tucapel espresarse en conceptos como si fuera algun literato de la corte de Felipe II, en las estrofas que siguen :

Ya tendreis en memoria el desafío
 Que Rengo i yo tenemos aplazado ;
 Así mismo el que tuve con su tío,
 Que quiso mas morir desesperado :
 Viendo el gran deshonra i agravio mio,
 I cuánto a mi pesar se ha dilatado,
 Quiero, sin esperar a mas rodeo,
 Cumplir la obligacion i mi deseo ;
 Que asaz gloria i honor Rengo ha ganado
 Entre todas las jentes, pues se trata
 Que conmigo ha de entrar en estacado,
 I así vanaglorioso lo dilata ;
 Mas yo, de tanta dilacion cansado,
 Pues que cada ocasion lo desbarata,
 Pido que nuestro campo se fenezca,
 Que no es bien que mi crédito padezca ;
 Pues ya Peteguelen, viejo imprudente,
 Con apariencia de ánimo engañosa,
 A morir se arrojó entre tanta jente,
 Por parecerle muerte mas piadosa ;
 I así se me escapó mañosamente,
 Que fué puro temor, i no otra cosa ;
 Pues si ambicion de gloria le moviera,
 De mi brazo la muerte pretendiera.
 Tambien Rengo, de industria cauteloso,
 Anda en los enemigos mui metido,
 Buscando algun estorbo o modo honroso
 Que le escuse cumplir lo prometido ;
 I debajo de muestra de animoso
 Procura de quedar manco o tullido,
 I para combatir no habilitado,

Glorioso con me haber desafiado. (1)

Ercilla refiere que Caupolican envió a desafiar por medio de un mensajero al gobernador don García Hurtado de Mendoza en la misma forma que habria podido hacerlo Bayardo, o algun otro de la flor i nata de los caballeros sin miedo i sin tacha.

¡Oh capitán cristiano! si ambicioso
Eres de honor con título adquirido,
Al oportuno tiempo venturoso
Tu próspera fortuna te ha traído;
Que el gran Caupolicano, deseoso
De probar tu valor encarecido,
Si tal virtud i esfuerzo en ti se halla,
Fide de solo a solo la batalla.

Que siendo de personas informado
Que eres mancebo noble floreciente,
En la arte militar ejercitado,
Capitán i cabeza desta jente;
Dándote por ventaja de su grado
La elección de las armas francamente,
Sin escepcion de condicion alguna,
Quiere probar tu fuerza i su fortuna.

I así, por entender que muestras gana
De encontrar el ejército araucano,
Te avisa que al romper de la mañana
Se vendrá a presentar en este llano,
Do con firmeza de ambas partes llana,
En medio de los campos mano a mano,
Si quieres combatir sobre este hecho,
Remitirá a las armas el derecho.

Con pacto i condicion que si vencieres
Someterá la tierra a tu obediencia,
I dél podras hacer lo que quisieres
Sin usar de respeto ni clemencia;
I cuando tú por él vencido fueres,
Libre te dejará en tu preeminencia;
Queno quiere otro premio ni otra gloria,
Sino solo el honor de la vitoria.

Mira que solo en que esta voz se estienda
Consigues nombre i fama de valiente,
I en cuanto el claro sol sus rayos tienda
Durará tu memoria entre la jente;
Pues al fin se dirá que por contienda
Entraste valerosa i dignamente
En campo con el gran Caupolicano,
Persona por persona i mano a mano.

Esto es a lo que vengo; i así pido
Te resuelvas en breve a tu albedrío,

Si quieres por el término ofrecido
 Rechusar o aceptar el desafío;
 Que, aunque el peligro es grande i conocido,
 De tu altiveza i ánimo confío
 Que al fin satisfaras con osadía
 A tu estimado honor i al que me envía.
 Don García le responde : Soi contento
 De aceptar el combate, i le aseguro
 Que al plazo puesto i señalado asiento
 Podrá a su voluntad venir seguro.
 El indio, que escuchando estaba atento,
 Mui alegre le dijo : Yo te juro
 Que esta osada respuesta eternamente
 Te dejará famoso entre la jente. (1)

Hubo algo de lo que cuenta la *Araucana* ; pero ni el mensaje de Caupolican fué tan medido i cortes como el de un paladin de la edad media segun lo ha referido Ercilla ; ni el toqui araucano señaló campo al caudillo español dejándole la eleccion de las armas ; ni don García aceptó el reto del modo serio i caballeroso que cuenta la última estrofa, como si se tratara de irse a medir de igual a igual con otro guerrero cristiano.

La invitacion a un combate singular de Caupolican, que Ercilla ha narrado en octavas tan bien peinadas, se redujo simplemente a una amenaza de bárbaro, que el gobernador recibió por cosa de burla. En una relacion hecha por don García en Cañete a 24 de enero de 1558, se refiere de la manera siguiente el suceso a que la *Araucana* ha dado todo el aparato de un desafío caballeresco : “ Así me detuve en el mismo asiento de Arauco quince dias, rogándoles con la paz a los indios, pero ellos mas pensaban en pelear que no darla, porque cada dia salian los que no se podian juntar, a escaramuzar con los corredores, i matáronme allí un buen soldado ; visto que éstos me decian que no querian venir de paz, hasta ver como me iba con Cupolican, que tenia mucha jente, i habia muerto al gobernador pasado, i tambien me habia de matar a mí, i que no darian ellos la paz ; i así por esto acordé partir de allí, i fuí a dormir tres leguas de allí, i envióme a decir el Cupolican, que él habia comido al gobernador i a los demas cristianos, i que así haria a nosotros otro dia por la mañana, i visto esto, tuvimoslo por cosa de burla, porque otras muchas veces lo habia dicho.”

El cotejo de estas dos narraciones de un mismo hecho, la de Ercilla tan artificial, la de Hurtado de Mendoza tan llana, dice mas sobre la manera inexacta i defectuosa que tuvo aquel célebre i eminentísimo poeta de presentar a los indios, que cien pájinas de reflexiones.

Fenimore Cooper se ha esforzado mas que Ercilla en pintar las calida-

(1) Ercilla—*Araucana*—c to 25.

des distintivas de los indígenas de América. Sus *pieles rojas* tienen ideas, costumbres i modo de espresarse diferentes de los blancos; se conoce que realmente han nacido, no en las ciudades, sino en las praderas, o en las florestas, o al borde de los grandes lagos. Los indios del *Puritano de América*, del *Último de los mohicanos*, de la *Fradera*, de los *Plantadores* son personajes *sui generis*, que hablan i obran como no acostumbran hacerlo las jentes civilizadas. Hai pues mucha mas observacion, mucha mas verdad en las novelas de Cooper, que en el poema de Ercilla. El novelista norte-americano se ha propuesto reproducir fielmente la naturaleza vírjen de su patria, i los habitantes primitivos de ella: si lo ha conseguido o nó mas o ménos bien, ese es otro asunto; pero no cabe duda que ha conocido que los indios se distinguián de los blancos algo mas que por el color, i que ha tenido la intencion de no confundir a los primeros con los segundos.

Por esto, Guizot ha podido decir en su *Historia de la civilizacion en Europa* que, a pesar de que a su juicio la *Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos* es el único libro en que puede verse lo que es un bárbaro i la vida de un bárbaro, sin embargo, las novelas de Cooper referentes a los salvajes de América son despues de la obra de Agustin Thierry, aunque en un grado bien inferior, i de una manera mucho ménos simple i verdadera, las que mejor han reproducido el estado de barbarie.

“En las novelas de Cooper, i en algunas de las obras en que los alemanes han ensayado pintar a sus feroces antepasados, agrega el mismo sabio escritor en la *Historia de la civilizacion en Francia*, hai sin disputa un sentimiento bastante vivo, bastante verdadero, de ciertas partes, de ciertos accidentes de la sociedad i de la vida bárbara; de su independenciam, por ejemplo; de la actividad i de la pereza que se hermanan en la tal vida; de la hábil enerjía que el hombre despliega en ella contra los obstáculos i los peligros con que le asedia la naturaleza material; de la violencia monótona de sus pasiones, etc. Pero la pintura es muí incompleta, tan incompleta, que aún la verdad de lo que está mejor reproducido se halla frecuentemente alterada.” Guizot dice en fin que el defecto de la manera de Cooper consiste en haber procurado hacer resaltar solo algunas calidades de los indios, i en haber dejado en la sombra otras no ménos importantes, jeneralmente los vicios de los bárbaros i los males de la vida salvaje, las cuales hacen falta a la perfeccion de los retratos i a la armonía del cuadro.

Mas dése el valor que se quiera a las críticas de Guizot, el mérito de las novelas de Cooper aparece de las palabras mismas del último ministro de Luis Felipe. Obras de imaginacion como ellas, que han representado uno de los estados sociales del hombre mejor que todas las obras serias,

escepto una, deben ocupar un lugar distinguido entre las producciones del ingenio humano.

Sanfuéntes ha seguido, como ya lo hemos dicho, las huellas, no de Cooper, sino de Ercilla, uno de los tres grandes poetas que en su primera juventud despertaron su entusiasmo por la poesía; pero ha sabido evitar con acierto algunos de los defectos en que incurrió el ilustre autor de la *Araucana*.

Inami o la *laguna de Ranco*, una de las obras que componen la colección de leyendas i dramas publicada en 1850, fué su brillante estreno en ese jénero de composiciones sacadas de la historia o de las costumbres de los indíjenas americanos. El poeta chileno ha comprendido mejor que el español, su maestro, la necesidad de empeñarse en reproducir con colores exactos la naturaleza del nuevo mundo para poder presentar a los indios en un cuadro adecuado. Las personas de buen gusto habrían deseado que Ercilla, en vez de hablar de Dido o la batalla de San Quintín, hubiera descrito las magnificencias que la creación ostentaba a su vista. Sanfuéntes ha procurado satisfacer tan justa exigencia esforzándose para que el lector perciba en la leyenda de *Inami* un reflejo de los paisajes americanos, un perfume de las selvas primitivas. Principia pues por pintar el lugar de la escena de una manera que hace conocer que lo ha visitado personalmente, como en efecto ha sucedido. En seguida se complace en poblar con las invenciones de su fantasía las encantadoras islas que se levantan en medio de las cristalinas aguas de la laguna de Ranco.

El sol comenzaba a ocultarse en el horizonte. Un mancebo español corria a rienda suelta por la selva que circundaba la laguna. A alguna distancia detras de él se oía el galope de varios caballos.

El fujitivo llega a la ribera; mira cuidadoso a todos lados; divisa una balsa vieja, que estaba varada en seco; impele su caballo hasta ella; se desmonta presuroso; la empuja al agua con todas sus fuerzas; se precipita en ella; desgaja de un árbol vecino dos ramas que convierte en remos; i hace correr por la laguna su frágil embarcacion encaminándose a una de las islas.

En el mismo momento asoma en la orilla de la selva un destacamento de soldados, que venian a escape. Luego que perciben al mancebo que huye en la balsa, le gritan que se detenga. El fujitivo no les obedece. Los soldados hacen una descarga que hiere al jóven en un brazo, pero la herida es leve, i no le impide seguir remando. Los perseguidores se convencen bien pronto de que les es imposible alcanzarle, o hacerle daño. Vuelven riendas a sus caballos, pero juran que tornarán pronto con los recursos necesarios para no ser burlados una segunda vez.

El fujitivo conduce su balsa hasta la isla principal de la laguna, donde la primera persona que encuentra es una hermosa jóven india, *Inami*, la hija idolatrada del cacique Colpi.

El extranjero, cuyo nombre era Alberto, pide i obtiene un asilo. Habiendo muerto en un duelo al hijo de un magnate español, era perseguido obstinadamente por la poderosa familia de su víctima, i venía buscando un refugio contra la venganza de sus enemigos.

Inami se ocupa en curar la herida del mancebo. El español contempla con admiracion la belleza singular de la india. El amor, un amor apasionado, no tarda en inflamar los corazones de aquel bello par de jóvenes, que parecian formados el uno para el otro. En breves palabras, Alberto resuelve abandonarlo todo por Inami, se casa con ella, se queda en la isla, i llega a ser padre de una niña.

La felicidad de los dos esposos fué tan grande como poco duradera.

Sobreviene una noche borrascosa de invierno. En medio de los ruidos del viento, se oyen salir de la laguna gritos de angustia. Los isleños acuden a la ribera. Los mas animosos se arrojan a una canoa para volar al auxilio de los náufragos; pero la furia de la tempestad trastorna la embarcacion. Nadie se atreve a repetir la tentativa.

En este momento un nuevo gemido sale de la laguna. Al oírlo, Alberto, como si fuera impulsado por una fuerza irresistible, se precipita al agua sin vacilar. Despues de haber sostenido una lucha desesperada con las olas, vuelve a la playa trayendo asido el cuerpo inanimado de un anciano, le deposita en tierra, i cae a su lado desfallecido de fatiga.

Cuando socorrido por Inami i los indios recobra los sentidos, reconoce en el náufrago a su padre Alejo; pero el vago presentimiento de un peligro futuro le obliga a decir a los isleños que aquel es solo un amigo suyo.

Gracias a sus solícitos cuidados, Alejo torna al fin a la vida.

El anciano anuncia a su hijo que ha venido para hacerle saber que puede regresar a sus hogares; Valdivia está rejida por nuevos mandatarios que conceden a Alejo sus favores, i que se hallan dispuestos a perdonar el extravío de Alberto.

El joven queda anonadado; esquivá responder; i alegando por pretexto la suspicacia de los indios, le suplica que oculte que es su padre.

Alejo observa la turbacion de su hijo; recibe sobre todo con estrañeza la advertencia que éste le hace.

El misterio se aclara bien pronto. El anciano descubre que Alberto es el esposo de Inami, i que ha tenido en ella una niña. Considerando semejante enlace como un borron para su nombre, exige que Alberto lo rompa sin tardanza, i vuelva con él a Valdivia. El joven resiste; propone al severo anciano diversos partidos; está dispuesto a marchar, pero con Inami; si tal cosa no es posible, que su familia le olvide, i le permita quedarse en la isla; pero las reflexiones i los ruegos son inútiles.

El infeliz Alberto tiene que decidirse entre un padre respetado, i una esposa idolatrada. La situacion es sumamente dramática.

El joven se pone triste, pensativo. Aunque ha cuidado de ocultar a Inami las exigencias de su padre, no puede, agobiado de pesadumbre, prodigarle las mismas caricias que en tiempos mas venturosos.

Inami observa el cambio que se ha operado en su esposo, i se entrega al mas acerbo dolor, atribuyendo su desgracia a la influencia maléfica del extranjero, de quien principia a sospechar que es un brujo.

Los isleños por su parte conciben la misma opinion. La frialdad inesperada e inexplicable que la presencia de aquel hombre ha introducido entre Alberto e Inami; la pena profunda que desde su llegada abruma al joven español; la deferencia ciega que a pesar de eso demuestra Alberto al anciano; la repugnancia que éste manifiesta a los indijenas, i que le hace évitarse en cuanto puede el encontrarse con ellos, todo eso confirma en los indios la idea de que aquel viejo adusto es un ente malo i dañino.

Alberto, que observa las prevenciones de los habitantes de la isla contra su padre, i que conoce las preocupaciones de los bárbaros, comienza a temer por la vida de Alejo. Ruega al anciano que se ausente, pero este rehusa partir solo.

Alberto se encuentra en la alternativa, o de esponer al autor de sus dias a un riesgo cierto, o de abandonar a su esposa i a su hija.

Al fin, por salvar a Alejo, se decide a someterse a su voluntad.

Con el objeto de hacer a Inami ménos dolorosa la separacion, le anuncia que se ve obligado a emprender un corto viaje para volver a ver a su madre; pero que regresará pronto a la isla.

Inami no se deja engañar, i se entrega a la desesperacion.

El cacique Colpi le exige que declare el motivo de su dolor. La joven se niega a ello; pero, al fin, le confía que Alberto se dispone a dejarla, i que ella atribuye esa resolucion a la influencia del extranjero brujo desde cuyo arribo se ha interrumpido la felicidad de que gozaba con su esposo. Colpi, que participa de la opinion de los demas isleños sobre Alejo, encuentra muy fundada la sospecha de su hija, i determina castigar al viejo hechicero para poner término a los males de Inami.

Efectivamente, Alejo se hallaba aguardando la canoa que su hijo habia ido a traer para atravesar la laguna, cuando cayó muerto bajo el puñal del iracundo cacique.

Alberto, a su vuelta, solo encuentra el cadáver de su padre. En tan tristes circunstancias se presenta Inami. Alberto le descubre quién era aquel anciano. La inocente india le revela entónces la causa i el autor del asesinato. El español fuera de sí rechaza de su vista a su desconsolada esposa, a quien acusa de parricidio.

Alberto queda junto al cadáver de su padre, ajitado por los mas opuestos sentimientos. El respeto a la memoria de Alejo le impulsa a la venganza; el recuerdo de Inami le hace espantarse de derramar la sangre de Colpi; pero el odio triunfa sobre el amor.

Alberto desafía a Colpi a un combate a muerte. El duelo tiene lugar a puñal en la cima de una roca vecina a la laguna de Ranco. El español mata al indio.

Después de arrojar al agua el cadáver de su enemigo, Alberto se precipita a una canoa para huir lejos del ameno retiro, donde sin embargo ha gozado tantos días de dicha. Mas apenas había partido, sale de lo alto de la roca un grito lastimoso. Alberto mira, i distingue a Inami, que en ademán suplicante le alargaba los brazos, en que llevaba a su hija.

El joven no tiene valor para continuar su marcha.

Al observar su vacilación, la india no trepida en arrojar al agua con su niñita para ir a nado a juntarse con su esposo. Apenas ha recorrido un corto trecho, cuando un bulto le impide el paso; Inami reconoce el cadáver de su padre i lo adivina todo; lanza un jemido desgarrador; su primer pensamiento es buscar la muerte en el fondo de la laguna, mas mira a su hija i se contiene; hace un esfuerzo sobre sí misma; consigue depositar a la niña en la canoa de Alberto; i vuelve a morir, sin que éste pueda impedirlo, abrazada del cadáver de Colpi.

Tal es el resumen descarnado de la fábula que forma el argumento de una de las mejores composiciones de Sanfuéntes; es una historia tierna i entretenida que conmueve al lector, i mantiene despierta su curiosidad hasta el último verso.

Habiendo fundado en 1853 el erudito literato chileno, Diego Barros Arana, una revista literaria que tituló el *Museo*, Sanfuéntes publicó en ella una nueva leyenda denominada *Huentemagu*, no ménos notable que *Inami*. Su argumento es la historia de un araucano que recuerda a Petrarca, no ciertamente porque haya compuesto canciones, sino por lo platónico que se mostró en sus afectos. (1)

En la sorpresa dada por los indios a la ciudad de Osorno el 21 de mayo de 1601, tocó en suerte a uno de los bárbaros vencedores una monja profesora del monasterio de Santa Isabel, llamada doña Francisca Gregoria Ramírez “de poca edad i de mucha hermosura,” segun el cronista Oliváres. (2) Huentemagu (así se nombraba el indio) se prendió apasionadamente de ella; pero la monja le impuso hasta el punto de conseguir, no solo que respetase su pureza i la sirviese como a señora, sino tambien que la devolviese a los españoles sin reparar en el riesgo a que se esponia, pues, segun refiere el jesuita Ovalle, “lo corrian mui grande de ser muertos de los otros indios por amigos de españoles los que les entregaban sus cantivos,” (3)

(1) Huentemagu comenzó a aparecer en el *Museo*, núm. 3, fecha 25 de junio de 1853.

(2) Oliváres, *Historia militar, civil i sagrada de lo acaecido en la conquista i pacificación del reino de Chile*—lib. 5—cap. 8—manuscrita.

(3) Ovalle, *Histórica relacion del reino de Chile*—lib. 8—cap. 14—páj. 370.

“No pudiendo Huentemagu vivir al lado de su ídolo, dice Gay, quiso que una persona suya le recordase a ella,” i para eso dejó ir con doña Gregoria a su convento a otra mujer que poesia ya bautizada (4); pero los historiadores Ovalle i Olivares ponderan todavía mas la fineza de este araucano, asegurando que por amor a ella se hizo cristiano, i la siguió hasta el monasterio donde tomó el oficio de criado “sirviendo como siervo a su misma sierva,” segun se espresa el primero, “hasta su muerte que el Señor le concedió mui dichosa i principio de mejor vida,” segun lo afirma el segundo.

Este es el prodijioso caso histórico testificado por los cronistas nacionales, acordes en la sustancia, si bien discordes en los pormenores, que Sanfuéntes ha poetizado con suma habilidad, i trasformado en una leyenda, cuyo mérito no puede negarse con fundamento.

Habiendo renunciado nuestro poeta en 8 de octubre del año ántes mencionado el cargo de secretario jeneral de la Universidad, el rector de esta corporacion le dirijió la siguiente nota, que es mui honorífica para él i mui merecida.

“Santiago, octubre 10 de 1853.”—“El consejo universitario, en sesion de ocho del corriente, ha acordado dirigir a Ud. oficio dándole las gracias por los importantes i prolongados servicios que Ud. ha prestado a la Universidad en el desempeño de la secretaría jeneral, que ha tenido a su cargo desde que se instaló la institucion, i de la cual ha hecho Ud. renuncia. Todos los miembros del consejo deploran la pérdida de un coléga tan honrado e intelijente como Ud., i aprecian en su verdadero valor el celo i acierto con que Vd. se ha conducido en las funciones del destino que deja. Por eso han creído un deber urjente el dar a Ud. este testimonio sincéro de los sentimientos que los animan; i el que suscribe, órgano del consejo, se apresura a llenar este honroso deber, protestando a Ud. las mas cordiales simpatías, i el deseo vehemente de que la Providencia le bendiga i prospere.—Dios guarde a Ud.—*Andrés Bello.*”

Por este tiempo una larga i penosa enfermedad obligó a Sanfuéntes a suspender sus trabajos literarios, i aún el ejercicio de su profesion de abogado.

En 23 de octubre de 1855, Sanfuéntes fué nombrado ministro suplente de la corte de apelaciones de Santiago.

En 1.º de agosto de 1856, a propuesta de la Facultad de filosofía i humanidades, fué nombrado decano de la misma, cargo para que fué vuelto a nombrar otras dos veces consecutivas por designacion unánime de sus colégas, i que desempeñó hasta su muerte.

En 1857 dió a luz primero en los folletines del *Ferrocarril*, i despues

(4) Gay, Historia física i política de Chile—tom. 2.—cap. 29.—páj. 303.

por separado en dos volúmenes un poema de largo aliento, *Ricardo i Lucía o la destruccion de la Imperial*, que comprende 17626 versos, la mayor parte endecasílabos distribuidos en octavas. Sería un elogio mui mediocre decir que este poema mereceria ser colocado en el catálogo de Rosell a que anteriormente hemos aludido, pues están incluidas en esa erudita lista mucha obras que son mui inferiores a la *Destruccion de la Imperial*.

La fábula de la composicion de Sanfuéntes está bien concebida i bien desenvuelta. A fin de comprobar esta asercion, pasamos hacer un brevísimo resúmen de ella.

Los protagonistas son Ricardo, jóven español, hecho prisionero por los araucanos en el asalto del fuerte de Lumaco, i Alpina, jóven mestiza, que ha crecido en la familia del cacique Brancol, a quien mira como padre. Los dos, que sea dicho de paso, son cumplidos como todos los héroes de novela, principian por amarse, i terminan por convenir en casarse con satisfaccion de todos, ménos del indio Crino, que adora a la mestiza, i que sin embargo se ve con el mayor furor pospuesto a un castellano.

Era una noche horriblementé tempestuosa. Los moradores del rancho de Brancol cenaban junto a una fogata, cuando apareció ante ellos un anciano cubierto con una manta andrajosa, i apoyado en un grueso i tosco baston. El extranjero pidió albergue para un caminante extraviado en medio de la tormenta. Cuando el dueño de la casa hubo accedido a su solicitud, el anciano desconocido, con todas las muestras de un hombre rendido de cansancio, se adelantó con lentitud, estendió sus manos hacia el fuego, e inclinó la cabeza sobre el pecho. Los circunstantes le observaban con atencion. Al cabo de algunos momentos, Brancol i el extranjero se reconocen i se abrazan tiernamente. El anciano recién venido era Maulican, un antiguo i famoso caudillo de los araucanos, padre de Alpina.

Pasados los primeros trasportes, Maulican fija en Ricardo torvos ojos, i exige que le espliquen la presencia de un castellano en medio de indios; pero todo su enojo se calma cuando sabe que el jóven es hijo del capitán Alvaro, tan temible en la pelea, como benigno en la paz. “He amado a tu padre como a un bienhechor, dice a Ricardo: quedándote en Arauco evitarias la triste suerte del noble Alvaro, a quien sus compatriotas han hecho morir de pesadumbre. ¡Ese es el premio que los buenos reciben entre ellos!”

Una noticia tan inesperada i tan funesta sumerje al jóven castellano en el mas profundo dolor.

Despues que los indios hubieron dado a Ricardo los consuelos que reclamaba su triste situacion, suplicaron a Maulican que les refriese la larga historia de sus padecimientos i peregrinaciones. El viejo cacique accede a las instancias de sus amigos de la manera siguiente:

Volviendo en cierta ocasion de una correría, halla su rancho saqueado,

sus mocetones dispersos, su esposa, que era una española, robada. El único individuo de su familia a quien encuentra, es la pequeña Alpina, que los asaltantes han dejado olvidada. Maulican no tarda en averiguar que aquel espantoso desastre ha sido causado por una tropa venida de la Imperial, confía su hijita a los cuidados de Brancol, i corre a la ciudad a reclamar a su esposa. El gobernador Mendoza, en vez de hacerle justicia, le encierra en un calabozo, desde donde el infortunado araucano percibe en medio de la mas horrible angustia los gritos de agonía de una persona que espira en el tormento, i que él sospecha ser su mujer.

Maulican permaneció encerrado hasta que vino a la Imperial con el cargo de juez visitador el capitán Alvaro, que le hizo comparecer a su presencia para ofrecerle una amplia indemnización de perjuicios i la devolución de su esposa, si prometía apaciguar la tierra sublevada por vengarle. El cacique conviene en todo. Habiendo entrado el capitán Alvaro a averiguar el paradero de la mujer de Maulican, se descubre que el gobernador Mendoza se había enamorado de ella, i que la esposa de éste, furiosa de celos, la había hecho asesinar bárbaramente. El indio, fuera de sí, al saber semejante horror, ahoga con sus propias manos a la culpable delante de los mismos jueces que practicaban la indagación.

Alvaro, compadecido del infortunio de Maulican, en vez de condenarle a muerte, le envía a Santiago para sustraerle a la venganza de Mendoza, i consigue que se le imponga solo un destierro al Perú, donde el indio permanece efectivamente algun tiempo en las tropas de Tupac Amaru, que se había rebelado contra los españoles, hasta que este descendiente de los incas, vencido, perece en un cadalso. Entonces Maulican vuelve a Chile atravesando los Andes. Sabe que Mendoza está gozando de una grande influencia; que ha conseguido vengarse de la protección prestada por el capitán Alvaro a Maulican, haciéndole deponer por un consejo de guerra de sus grados i empleos por no haber podido defender contra los araucanos el fuerte de Lumáco, cuyo mando se le había confiado; i que el pundonoroso español, debilitado por las heridas que había recibido en el combate de que se le hace un crimen, ha muerto de pesadumbre.

“El infame Mendoza, concluye diciendo Maulican, se encuentra rijendo de nuevo la Imperial; pero se acerca la hora en que tu padre, o Ricardo, será vengado. En este momento se prepara un gran levantamiento de todo el estado de Arauco, dirigido por el toqui Paillanachu. Yo mismo he sido encargado, jenerosos amigos de mi infancia, de traeros la flecha; héla aquí. ¿No estareis prontos para asir la lanza a la primera señal de la pelea?”

Todos los indios presentes responden con entusiasmo al llamamiento. Solo Ricardo permanece triste i taciturno, porque teme verse arrastrado en una insurrección contra su Dios i su rei, a causa de su afecto a la mestiza i de su odio a los que han ocasionado el deshonor i la muerte de su

padre. Pero los días siguen a los días, i el tiempo i el amor le hacen mitigar esos temores.

Mientras tanto llega la época de su matrimonio con Alpina. La mestiza, a fin de ser digna esposa de un español, acaba de cambiar en el bautismo administrado por un venerable hermitaño su nombre araucano por el cristiano de Lucía. El sacerdote va a unirla ya para toda la vida con Ricardo, pero de repente la ceremonia se suspende, i no se oyen mas que gritos de guerra.

Un destacamento de jinetes españoles, conducido por Crino, hacía destrozos en las habitaciones de Brancol. Aquel traidor, loco de celos, habia ido a denunciar al gobernador Mendoza la vuelta de Maulican, la próxima insurreccion, el casamiento de Ricardo con la hija del enemigo mas implacable de los castellanos en premio, decia, de su complicidad en los proyectos de los indijenas; i se habia ofrecido a entregar a los culpables.

Aunque distraídos por una fiesta, los araucanos resisten con denuedo, pero son vencidos. La ranchería es incendiada. El viejo Maulican, ántes que caer vivo en manos de los españoles, se precipita voluntariamente en aquella inmensa hoguera. Brancol i Ricardo mal heridos son dejados entre los muertos. Lucía es llevada a la Imperial.

El gobernador Mendoza se apasiona tan perdidamente de la hija como de la madre. Pero el alzamiento jeneral de Arauco no le permite cortejar a la mestiza con libertad.

Los araucanos sorprenden al gobernador del reino don Martin de Loyola, que iba de viaje, i le matan; en seguida ponen sitio a la Imperial i a todas la ciudades que se habían fundado en su territorio.

Mendoza, no obstante su valor indisputable, se ve reducido a la defensiva.

Durante el asedio, se entrega mas i mas a su pasion por Lucía, pero Crino, que se ha ligado a la servidumbre del gobernador para velar por la mestiza, i que ve con desesperacion que ha traicionado a la patria sin lograr poseer a la mujer por quien todo lo ha sacrificado, sabe defenderla de la lascivia del castellano.

Ricardo médio curado de sus heridas viene a incorporarse como simple espectador en el ejército araucano para ponerse en situacion de adquirir noticias sobre la suerte de su amante.

El hambre i la peste se introducen en la ciudad; los españoles se encuentran en la mayor consternacion, i no saben cómo alejar el peligro inminente que los amenaza. En tal estremidad, Mendoza propone a los araucanos decidir la suerte de la Imperial en un combate singular; él será el campeón de la plaza; los indios pueden confiar su causa, dice el mensajero del gobernador designando a Ricardo, al tráfuga castellano que está en sus filas, i que no puede tener la intencion de vengar por brazo ajeno las injurias que pretende haber recibido de Mendoza.

Obligado por una provocacion tan directa, i por el recuerdo de tantos agravios, particularmente la deshonra de su padre i el rapto de su novia, Ricardo olvida que va a pelear contra su Dios i su rei, i obtiene el ser campeon de Arauco.

El combate tuvo lugar en un llano que se extendia entre la ciudad i el campamento de los sitiadores. Ricardo se hallaba próximo a obtener la mas espléndida victoria, cuando Crino, no pudiendo tolerar el triunfo de su feliz rival, le lanza traidoramente por detras una aguda pica, que le causa una lijera herida. Este incidente da origen a un tumulto, que impide continuar i concluir el combate.

Mendoza ha salido herido i humillado. El malvado Crino le ofrece hacer caer a Ricardo en una celada. El gobernador no se avergüenza de aprobar un proyecto tan inicuo. Efectivamente Ricardo es atraído dentro de los muros de la Imperial con el aliciente de que vaya a salvar a Lucía, es hecho prisionero i llevado ante un consejo de guerra.

Los jueces acaban de condenar al jóven a sufrir la pena de garrote por traidor, cuando un estruendo, que nadie acierta por lo pronto a esplicarse, turba a los españoles.

Era el caso que el toqui Paillamachu, que venia llegando de apoderarse de Valdivia, dirijia contra la Imperial los cañones mismos que habia quitado a los castellanos, i procuraba abrirse una brecha a balazos. Los sitiados no pueden contener a los asaltantes; Mendoza muere a manos de Ricardo; pero Crino, que no puede tolerar que Lucía sea de otro, la apuñalea, i perece bajo los golpes de un indio amigo del desdichado Ricardo. La Imperial es arrasada hasta los cimientos por los bárbaros. Ricardo cava una sepultura a su amante en el presbiterio de la arruinada catedral, i en seguida agobiado por el dolor al recordar la pérdida de Lucía, i por el remordimiento al contemplar tanto destrozo en que ha sido cómplice, huye, sin que jamas haya podido averiguarse la suerte que corrió.

Esta es la fábula principal del poema de Sanfuéntes; pero a ella van unidos un gran número de episodios variados i bien pensados.

Por desgracia la espresion no corresponde siempre al mérito de la concepcion. Hai ciertamente estrofas que hacen honor al poeta, como las siguientes, que cualquiera se habria complacido en firmar:

Despunta ya la alegre primavera
 Con su tren de esmeraldas i de olores,
 Vida i placer vertiendo por do quiera,
 I el campo matizando en mil colores.
 De aves inmensa multitud parlara,
 I enjambres mil de insectos bulidores,
 Por la etérea rejion se multiplican,
 I de los prados el verdor salpican.
 Todo es animacion, i se diria

Que la naturaleza está de boda.
 Inunda el aire cónica armonía,
 Suaves conciertos es la tierra toda.
 En olas de perfumes i ambrosía
 Se mece el alma, de placer beoda :
 El aura blanda al aquilon destierra,
 I amor reina en el valle i en la sierra.
 I del arroyo el murmurar parece
 Tierna queja de amor, suspira el viento ;
 La planta que en el campo reverdece
 Rebosa en amoroso sentimiento :
 Del gallardo laurel, cuando se mece,
 Afectuoso es tambien el dulce acento,
 I los humanos pechos mas se inflaman
 Al ver que flores, agua i vientos aman.

pero hai tambien muchas otras que no merecen igual alabanza. Las frases son a veces enmarañadas, i están oscurecidas por trasposiciones sumamente violentas, como la que deslucce los versos siguientes, i que tomamos, entre otras muchas, por ser la primera que se nos presenta :

Dijo él, i caminando, con ardores
 A su seno estrechábala supremos

Pero lo que particularmente afea la versificación de la *Destruccion de la Imperial* es el empleo por las exigencias de la rima, de palabras anticuadas, cuitas, poco usadas o neológicas, como las que siguen : *singulto, balumbo, acordanza, orambre, azoro, subcenio, entapirse, hirsuto, impervia, revulsa, lealtanza, torticero, gorja, impiadoso, astricto, consuntos, moble, inapetible, ferocia, soberbioso, amaro, hispidus, arrebolla, acogombra, solnio, carnaje, desgaire, marida, imburso, perquire, pervejillo, vulnerario, panopis, laceria, encapuzon, partiente, atoa, incoa, festeo, luismo, dardoso, enteco, graveduubre, infracta, encismistanza, causon, deciso, treno, zaína, escarceo, arrufa, destruyente, disimil, runfla, igualeza, heredaj e dubio, milites, moderámen, primeco, etc., etc.* Vese por estos ejemplos que Sanfuéntes, en vez de hacer de la rima su esclava, como lo queria Boileau, se ha puesto humildemente a las órdenes de ella.

Un año despues de haber publicado la *Destruccion de la Imperial*, esto es, en 1857, Sanfuéntes dió a luz en la *Revista de ciencias i letras* (1), i en seguida por separado, cuatro partes de un poema que lleva por título *Teudo o memorias de un solitario*, especie de diario en verso que el autor supone llevado por su héroe dia a dia para ir estampando las impresiones que recibia. Esta composicion, que nos parece inferior a las de-

(1) Revista de ciencias i letras—pájs. 131, 317, 539 i 714.

mas que han salido de la misma pluma, está todavía inconclusa. «En una de nuestras escursiones por el sur, dice el poeta en una corta advertencia que precede a la obra, vino casualmente a nuestras manos un antiguo manuscrito, donde habia consignado la mayor parte de su vida un misionero, que la terminó en el centro de la Araucanía. Desde su primera lectura nos ocurrió la idea de que el asunto se prestaba a ser convertido en una obra literaria, i pusimos mano a la empresa en nuestros ratos de ocio. Fruto de este trabajo han sido los cantos que ahora vamos a publicar, i en que, conservando las impresiones del dia segun las estampaba en sus apuntes el solitario, no hemos hecho sino revestirlas de una forma poética. Darémos desde luego las cuatro primeras partes en que el diario está dividido, i que principian en el instante en que Teudo vuelve a su patria, Sevilla, despues de un largo cautiverio, que comenzó para él, como para el inmortal Cervántes, en la batalla de Lepanto, i terminan con la relacion de su peregrinaje a Tierra Santa.»

En octubre del último año mencionado, don Salvador Sanfuéntes volvió a ser llamado al ministerio de justicia, culto e instruccion pública, cargo que renunció a los dos meses i dias, volviendo a ejercer las funciones de juez en la corte de apelaciones de Santiago; i las de decano de la Facultad de filosofía i humanidades.

El 27 de abril de 1858 fué nombrado ministro suplente de la corte suprema de justicia, cargo que siguió desempeñando hasta su muerte.

Habiendo sido propuesto este mismo año por el partido de oposicion para diputado en el departamento de Quillota, obtuvo igual número de sufragios que el candidato gobiernista.

El claustro pleno de la Universidad, reunido el 12 de agosto de 1858, para formar la terna que en conformidad de los estatutos debe pasarse al gobierno para el nombramiento del rector que debia rejirla durante el quinquenio inmediato, asignó el primer lugar a don Andres Bello casi por unanimidad, i el segundo a don Salvador Sanfuéntes por un gran número de votos.

Chile tuvo la desgracia de perder a este hábil literato, íntegro majistrado i buen patriota el 17 de julio de 1860. Sanfuéntes murió sentido de todos, i estimado de sus amigos i de sus enemigos políticos, porque personales no los tenia.

La sensible i prematura muerte de don Salvador Sanfuéntes dió origen a varias manifestaciones de pesar sumamente honoríficas para su memoria, entre las cuales merece notarse la siguiente carta de pésame dirigida a su viuda doña Matilde Andonaegni por el rector de la Universidad de Chile:

«Santiago, julio 26 de 1860.»—«Señora de todo mi aprecio i respeto:—El consejo de la Universidad ha creído de su deber manifestar

a Ud. el profundo pesar que le ha causado el lamentable fallecimiento del señor decano de humanidades don Salvador Sanfuéntes.

«Los eminentes servicios que el ilustre esposo de Ud. ha prestado, i que podia seguir prestando, a la Universidad en particular i a la República en jeneral, hacen su pérdida altamente sensible.

«Por desgracia, en casos como el presente, no pueden ofrecerse consuelos, sino solo participacion en el dolor. Cuando la nacion llora sobre la tumba de un ciudadano, la familia tiene doble motivo para hacerlo.

«El consejo de la Universidad da a Ud. el pésame, i lo recibe al mismo tiempo, esperando que la resignacion, que es una virtud cuando se trata de males irremediables, calme algun tanto la justa afliccion de Ud.

«Aprovecho esta triste oportunidad para trasmitir a Ud., junto con el acuerdo del consejo de la Universidad, la espresion del sentimiento personal que me ha ocasionado la muerte de una persona a quien primero distinguí como discípulo, i en seguida estimé como amigo i admiré como coléga.

«Sírvasc Ud. aceptar los sentimientos de particular aprecio i consideracion con que tengo el honor de ser—S. A. S. S.—*Andres Bello.*»

A mas de otros trabajos literarios principiados, Sanfuéntes ha dejado inéditos una traduccion en verso de la *Esfijenia en Aulide* de Racine; i un drama orijinal tambien en verso, mui adelantado, pero inconcluso, cuyo argumento está tomado de la historia del gobernador de Chile don Francisco Meneses.

BIBLIOTECA NACIONAL.— Su movimiento en el mes de enero de 1861.

RAZON DE LOS PERIÓDICOS, OBRAS, OPÚSCULOS I FOLLETOS QUE, EN CUMPLIMIENTO DE LA LEI DE IMPRENTA, HAN SIDO DEPOSITADOS EN ESTE ESTABLECIMIENTO.

Periódicos.

El *Araucano*; desde el núm. 2247 al 2255.

La *Gaceta de los Tribunales*; desde el núm. 965 al 968.

Los *Anales de la Universidad*; la entrega. 11. de 1860.

La *Revista Católica*; desde el núm. 667 al 668.

El *Ferrocarril*; desde el núm. 1556 al 1582.

El *Mercurio*, de Valparaiso; desde el núm. 10,002 al 10,028.

El *Comercio*, de Valparaiso; desde el núm. 647 al 673.

La *Revista del Pacífico*; las entregas 1. ^o i 2. ^o del tomo III.